

tomar á su cargo, cuando se trata de hacer productivo un bien productible, ó cuando de una cosa, propia para constituir un valor de uso, se puede sacar este valor además de su valor de consumo. Por esta razón, el riesgo es una de las propiedades esenciales del capital y del trabajo productivo, así como también es la condición preliminar indispensable para originar todo valor de uso independiente. Sin riesgo, no hay capital, ni trabajo, ni productividad, ni usufructo.

Bajo este concepto, capital y trabajo son absolutamente iguales, y están en la misma situación. Apenas si es posible imaginar una objeción más chocante que aquella con la cual quiere suprimir el liberalismo la igualdad del trabajo y del capital. No se tiene en cuenta—dice—que para constituir el primer capital, se debe hacer ya abstención del propio uso de consumo, por consiguiente, sacrificio y capacidad de hacer planes económicos para el porvenir. <sup>(1)</sup> La teoría curiosa, y aun podría decirse pietista, de Ricardo sobre el capital, como sacrificio y fruto de la economía, abusa, no obstante, de la mística. ¿Qué tienen que ver aquí los sacrificios con los planes económicos? La necesidad y el provecho son los que inspiran al capital sus planes, y la necesidad es la que hace al obrero industrioso y activo. Los obreros también pueden hablar de sacrificios. ¡No les faltaría más que pagar al capitalista, para que la necesidad obligase á éste á descender hasta ellos!

Pero si los capitalistas sienten tanto el supuesto sacrificio que hacen exponiendo su dinero; si tanto temen el riesgo que en ello corren; si no pueden soportar que defendamos nosotros que capital y trabajo son económicamente iguales desde el momento mismo en que buscan obreros para ayudarles en sus ganancias, que dejen su dinero en paz, y entonces estarán á cubierto de todo peligro y de todo supuesto rebajamiento. ¿Quién les obliga á comprometer su dinero en ese procedimiento de transformación, exponiéndolo así á los peligros de tal procedimiento?

(1) Roscher, *Geschichte der Nationalökonomik*, 895.

¿Quién les obliga á rebajarse hasta el obrero y á colocar al mismo nivel el capital y el trabajo? Ciertamente, no son los obreros. El que no quiera exponerse á riesgos, que se quede en su casa; el que no quiere polvo, que no vaya á la era. <sup>(1)</sup>

Á esto nos responden los capitalistas: Ciertamente, sería esto más seguro y más noble, pero no es posible vivir así.

Pues bien, si no es posible vivir así, los mismos capitalistas nos hacen cuatro confesiones.

En primer lugar, nos dicen que el dinero es estéril. Si se le emplea como dinero, al punto es consumido. Luego no se puede vivir mucho tiempo con sólo dinero, sino que, si se quiere hacer de él un uso que no equivalga á su consumo, es decir, si se quieren obtener de él valores de uso, de suerte tal que el valor de consumo continúe existiendo, preciso es cambiarlo en capital.

Pero esto no es posible sin riesgo. Así nos lo dice la segunda confesión. No hay otro medio para hacer realmente productivo al capital que abandonarlo al trabajo, para explotarlo y transformarlo, y esto con toda la incertidumbre del éxito, que, en este caso, es inevitable. Si el negocio sale bien, se aumenta el capital; por consiguiente, todo el valor de consumo, y, además, el valor de uso nuevamente adquirido. Si fracasa, el capital puede perderse por completo ó en parte. Pero el obrero debe también considerar que, si el negocio sale bien, recupera los gastos de su trabajo, es decir, recibe su valor de consumo con beneficio, ó sea, un valor de uso independiente nuevamente adquirido. Si, por lo contrario, fracasa la empresa, se ve más ó menos frustrado en su propio trabajo, habiendo debido gastar su único capital, si, con todo, la expresión es permitida en este sentido, es decir, su fuerza de trabajo, en mayor ó menor escala, no sólo sin fruto y sin valor de uso, sino quizás también sin retribución; por consiguiente,

(1) Düringsfeld, *Sprichwörter der germanischen und rom. Sprachen*, II, 62, Nr 107.

sin ni siquiera cubrir los gastos de consumo. Y, sin embargo, él, como el capitalista, emprende el negocio, no obstante el peligro previsto. ¿Por qué semejante temeridad? Todos dan una sola respuesta á esta pregunta: Es necesario; sin esto, no se podría vivir.

Ello equivale á decirnos, en tercer lugar, que la necesidad de cargar con el peligro de la productividad impulsa lo mismo al capitalista que al obrero. Sin duda que, si sólo se trata de matarse de hambre recíprocamente, los capitalistas pueden aguantar mucho mejor la lucha que los pobres diablos que se ven obligados á trabajar para vivir, y, en este sentido, no puede ser más verdadera la máxima: «Felices los que poseen». Pero si se trata de adquirir, de ganar, de aumentar, el capitalista está al mismo nivel que el más pobre obrero. Sin trabajo, sus millones no le dan un céntimo más en materia de posesión. Si el trabajo no se encarga de su dinero, cada bocanado que coma y cada botón que compre, es un agujero hecho á su bolsa, un agujero por el cual acabaría por pasar todo su dinero, aunque fuese con mucha lentitud, si no emprendiese otro medio para emplearlo. Pero si quiere vivir de su posesión, y, no obstante esto, dejarla en toda su integridad, si además quiere aumentarla, tiene necesidad de trabajo como el más pobre obrero de la tierra. En una palabra, puede uno consumir sin trabajo, pero es imposible obtener un usufructo, ó gozar del fruto de una cosa, y conservar la cosa misma sin trabajo. El dinero no tiene necesidad de trabajo, pero, en desquite, se agota por el uso. El capital tiene también necesidad del trabajo, absolutamente como el trabajo tiene necesidad del capital.

Pero, por cuanto la misma necesidad obliga al capital y al trabajo, y por cuanto, además, como ya lo sabemos, el resultado de su común trabajo, el producto ó el valor de uso, es su producto común, síguese, en cuarto lugar, que el producto de todo el negocio debe corresponder proporcionalmente al capital y al trabajo, sin que el capital tenga derecho alguno para alegar su riesgo como motivo

de una indemnización particular, ó de una retribución más elevada de intereses.

**15. El capital y el trabajo no pueden acrecentarse indefinidamente.**—De todo esto resulta claramente que no debe pensarse en el supuesto aumento indefinido del capital, en el que tantas personas sueñan. <sup>(1)</sup> El gran error de Adam Smith consiste en considerar todo aumento de lo que él llamaba riqueza nacional, como un aumento proporcional del capital, aun cuando los medios de trabajo no hayan aumentado en el mismo grado. <sup>(2)</sup>

Fácil es ver de qué proviene esto. Según él, el trabajo vive del capital. Verdad es, pero contra esto no se le ocurre otra cosa que aumentar el capital, y dar así más fuerza al que lo explota. Que el capital depende igualmente del trabajo, lo ignora por completo, cualesquiera que sean las hermosas frases que le consagre. De aquí proviene también esa manera de ver y de expresarse que actualmente nos domina á todos, como si el capital fuese una cosa hegeliana, una fuerza ó una personalidad independiente, ó también un ser mitológico, al cual, los dioses, los hombres y la marcha de los acontecimientos, estén sometidos como al hado. De aquí que diga Smith que el trabajo no puede aumentar más que cuando aumenta el capital, pero que el capital no aumenta más que cuando se ahorran rentas nacionales. <sup>(3)</sup> Según esto, el poder y la grandeza del capital aumentarían sin cesar, y la independencia del trabajo, que le está sometido, iría, por lo contrario, siempre en descenso en la misma proporción. Evidente es que semejante situación acabaría por arruinar completamente al trabajo.

Síguese, pues, de todo esto que, capital y trabajo, considerados bajo todos sus aspectos, son iguales entre sí. El capital tiene necesidad del trabajo y el trabajo del capi-

(1) Kleinschrodt, *Grundprinzipien der politischen Ökonomie*, 29. En particular, Dietzel, *System der Staatsanleihen*.

(2) Cf. Malthus, *Versuch über die Volksvermehrung* (Edición de Hegewisch), Altona 1807, II, 85, 96.

(3) Smith, *Wealth of nations*, 4, 2 (Ed. Rogers, II. 30).

tal. El capital no hace más que aumentar mientras que haya trabajo para hacerlo productivo. El trabajo productivo no puede crearse artificialmente; no es posible ofrecer trabajo más que mientras exista capital. Por ambos lados, no es posible concebir un progreso sin fin. El mismo Stuart Mill se ve obligado á admitirlo, cuando dice que la industria está limitada por el capital, <sup>(1)</sup> pero que todo capital desaparece también en todo proceso de producción. <sup>(2)</sup> Al hablar así, dice la verdad. Si uno no puede figurarse el capital sin ir ligado al trabajo, imposible es que el capital aumente caprichosa é indefinidamente. Hay un límite determinado, más allá del cual ya no es posible imaginar capital: tal es la medida y la cantidad de las fuerzas de trabajo que de hecho lo ponen en acción.

**16. ¿Cuántos factores intervienen en la producción del valor?**—Con estas consideraciones, hemos agotado la doctrina del capital en sus puntos esenciales. Hay una cuestión accesoria, que ordinariamente se suscita aquí, y que se resuelve por sí misma: tal es la cuestión de saber si, además del trabajo y del capital, hay que admitir un tercer factor en la producción del valor, la naturaleza.

Claro es que es esta una cuestión de nombre, porque nadie duda que todo capital no es más que un objeto apropiado, como dice Stuart Mill, ó una participación de los bienes naturales introducidos en el proceso de la producción del valor. Pero así como hay diferentes especies de trabajo, del mismo modo hay diferentes especies de bienes naturales. Las dos opiniones están de acuerdo en este punto. Además, tenemos muchas especies de dinero, y, no obstante, no podemos concebirlas más que de una sola manera, desde el punto de vista económico. Preciso nos es también hacer entrar en esta idea de capital multitud de especies diversas de capital, esto es, de capitales: capitales empleados, capitales ociosos, capitales circulantes, capitales en bruto, capitales fundamentales, capitales auxilia-

(1) Stuart Mill, *Principles of polit. economy*, 1, 5, 1 (Londres, 1869, 39).

(2) *Ibid.*, 1, 5, 5, p. 44 y sig.

res, capitales que es preciso arrancar á la naturaleza, capitales que han sido puestos ya en actividad por el trabajo y que son sometidos á un nuevo proceso. Pero esto no impide que contemos siempre con esta única idea general y común de capital. No existe, pues, una tercera causa de la producción del valor. <sup>(1)</sup>

Sin duda que, desde el punto de vista del cálculo, es preciso distinguir diferentes factores, entre las ideas generales de capital y de trabajo, en su aplicación á la vida económica: las rentas de la propiedad territorial, el provecho que resulta de las empresas, el salario y los capitales, en el sentido estricto de la palabra. De aquí que la progresiva economía política deba también tener en consideración estos títulos. Pero aquí, en que sólo nos preocupan las líneas generales, prescindimos de las subdivisiones aisladas.

De tal modo nos parece evidente este punto, que no lo hubiéramos mencionado, si no se tratase de una consecuencia práctica importante para la vida económica ordinaria, de la casuística aplicada á la economía política. Claro es que, en ésta, las especies aisladas de capital y de trabajo deben calcularse separadamente. Pero lo que es menos claro para muchos, es el lugar en que deben colocarse las cuentas particulares. Si comprendemos por trabajo exclusivamente el trabajo físico, y si se lo oponemos absolutamente todo, naturaleza, capital, empresa ó trabajo intelectual, ¿qué le quedará al trabajo propiamente dicho? No es, pues, extraño que el llamado salario apenas cubra los gastos del trabajo.

Por esto establecemos como principio supremo que solamente hay dos clases de producción de valor, el capital y el trabajo, ambos tomados en su más amplio sentido. Á las diferentes subdivisiones de cada uno de ellos corresponde el régimen que debe ordenarlas; las diferentes especies de capital deben reglamentar entre sí la parte común de capital, y las diferentes especies de trabajo intelectual y fi-

(1) Devas, *Political economy*, 18, 335.

sico deben hacer lo mismo con relación á la parte común del trabajo.

**17. Noción del capital.**—De todo lo dicho se deduce que no es difícil determinar la noción del capital. Sin duda que es inadmisibile esa concepción ordinaria que no ve en el capital más que el dinero empleado de cierta manera. La idea del capital es evidentemente mucho más amplia, y entraña todo bien posible de estimar á precio de dinero, bien que entra en el proceso de la producción del valor de uso, ora como capital fundamental, ora como capital accesorio, ora como capital para continuar un negocio empezado.

Por otra parte, es fácil explicar que, ordinariamente, sólo concebamos el dinero, cuando hablamos de capital. Se debe esto, en primer lugar, á que, en vez de considerar el capital con el cual se originan valores de uso, se representa uno el medio por el cual podemos cambiarlo como equivalente. En segundo lugar, aunque las clases particulares de bienes económicos se asemejen todas en que, en el proceso de la capitalización, están sometidas á la producción de valores de uso, son, no obstante, por su naturaleza, de especies completamente diferentes. Pero desde que el dinero se ha convertido en una medida de valor, se refiere todo el valor de ellas al valor del dinero, y se las compara entre sí mediante este valor del dinero. Nada tenemos que objetar á esto, con tal que uno sepa preservarse de dos grandes errores. Con mucha frecuencia se da el nombre de capitales únicamente á esos bienes económicos que son referidos á su valor en dinero, y esto únicamente mientras se presentan bajo la forma de dinero. De aquí proviene esa chocante idea de que, en la Edad Media, se sabía producir sin capital. Esto es hacer demasiado honor á la perspicacia de aquella época. <sup>(1)</sup>

(1) Estas y otras expresiones semejantes casi nos producen la impresión de un joven hastiado, que, tendido á la larga en un departamento de primera clase, como un mulato en su hamaca, y arrojando torrentes de humo por sus narices, exclama con gangosa voz: «¡Ah, ya; ahora comprendo porqué aquellos estúpidos viejos de la oscurantista Edad Media no conocían el

Pero tal como hoy generalmente se comprende el capital como procedente del dinero, es confundir las cosas. Un bien económico no es capital porque se refiera al dinero, sino que siempre y únicamente son capital los bienes económicos que se pueden tasar según un valor de dinero, cualquiera que sea su especie, si, según su naturaleza económica, se emplean en el proceso de la capitalización para constituir valores de uso. Y serían capital, aunque no se los midiere en valor de dinero.

De aquí se deduce, en segundo lugar, que todos esos valores flotantes de dinero, que esperan el trabajo para convertirlos realmente en productivos, no deben ser llamados capitales. Ni siquiera puede uno servirse de la expresión capital de reserva, sino en ciertos límites, es decir, mientras estos valores estén dispuestos á entrar inmediatamente en el empleo de capitales si la necesidad lo exige.

El capital es, pues, el valor de consumo de todo bien económico, que sirve, por el hecho de estar unido al trabajo en el sentido más amplio de la palabra, para la formación de valores de uso, ya como base fundamental, ya como medio accesorio. Poco importa que este valor de consumo esté ó no representado en valor de dinero, pues lo importante es que el capital es únicamente ese bien económico y únicamente esa parte, pero toda especie de bien y toda parte, que, como valor de consumo, es la base material del procedimiento para la producción del valor. Sólo mientras sea tratado como valor de consumo, puede ser capital. Todo el mundo consideraría como una injusticia y una usura el que un capitalista quisiera asociarse con un industrial y pusiese como condición preliminar separar de su capital cierto valor de uso para su goce particular, exigiendo, no obstante, una parte común con su asociado del producto

mundo! ¡No sabían viajar!); ó bien, la impresión de un bolsista ennoblecido, que, por primera vez, habla, desde su palacio recientemente construído, con Rothschild, y luego dice jovialmente á la señora baronesa: «¡Verdad, Sara, que únicamente merece el nombre de conversación la que se hace por teléfono!»

total del negocio. Esto equivaldría á exigir de una cosa un doble valor de uso, uno de la cosa como base fundamental de la empresa, y otro de la empresa con la cosa. De aquí que Stuart Mill dijese muy bien que, en el proceso de la capitalización, todo capital desaparece. Lo que en él no desaparece, no es capital ni produce fruto alguno.

En resumen, el capital es toda cosa de valor considerada como valor de consumo en la más amplia extensión de la palabra, ó todo bien material del cual pueda uno sacar, por medio del trabajo, en la significación más extensa de la palabra, con riesgos y peligros comunes, una utilidad productiva de frutos, lo mismo para el capital que para el trabajo, ó un valor de uso independiente que existe en común.

**18. El dinero, no obstante su aparente productividad, es infructuoso en realidad.**—Así, pues, por semejantes que sean en la vida práctica el dinero y el capital, son lógicamente opuestos entre sí, como una idea simple y una idea compuesta, y constituyen, desde el punto de vista económico, los dos aspectos opuestos de la vida de adquisición, como la llanura desierta y el vergel cultivado, como el árbol salvaje y el árbol ingertado.

En una palabra, las dos ideas son opuestas entre sí como las dos ideas de esterilidad y fertilidad, ó como las ideas, menos expuestas á una falsa interpretación, de consumo y de uso. El dinero es una idea simple; el capital, cuando nos lo representamos separado del trabajo, jamás podrá ser concebido en realidad más que como en la más estrecha dependencia de éste. El dinero es un simple signo de valor. No decimos un vano signo de valor; pero, cuando la cosa de valor se halla en el signo de valor, toma el carácter de éste; de lo contrario, el dinero perdería su carácter de dinero y se convertiría en mercancía. Ahora bien, el capital es una cosa de valor, no una cosa de valor cualquiera, sino una cosa de valor en cuanto que es base de un negocio, y no de un negocio cualquiera, sino de un negocio en el cual nuevos valores se añaden, por el tra-

bajo, al primero; por consiguiente, de un negocio en el cual se obtiene, de una cosa de valor que se trata como valor de consumo, ó de su equivalente, un valor de uso independiente, que puede ser separado de ella.

Esta es la razón por la cual el dinero es estéril, y no puede dejar de ser estéril, mientras es tratado como dinero, por cuanto ya no admite otro uso separado de la cosa, ni siquiera un uso aparente. El único uso natural que es posible sacar de él es su consumo inmediato; porque si el signo de valor es empleado en aquello á que está destinado, la misma cosa de valor es consumida. Lo característico del dinero consiste precisamente en que la misma cosa de valor es inseparable del signo de valor, y que en el momento en que se trate á la cosa de valor como tal, separada del signo de valor, el signo de valor, la propiedad como dinero, desaparece. Es, pues, imposible tratar al dinero como mercancía ó como cosa de valor, mientras es moneda y es considerado como moneda, así como obtener de él valores independientes. El único negocio posible con el dinero, como moneda, consiste en que se le trate como signo de valor, es decir, que se cambie por otro signo de valor, ó por una cosa de valor. Pero, con esto, es inmediatamente consumido, lo mismo como signo de valor que como cosa de valor. Ahora bien, si no es posible imaginar otro medio por el cual se pueda obtener del dinero un producto separado, evidentemente jamás será justo pedir para el dinero entregado otra cosa que la simple compensación de su valor.

Contra este principio de que el dinero, como tal, jamás puede convertirse ni en cosa de valor, ni en base de un negocio productivo de valor, no es más que aparente la objeción que se hace de que, según la experiencia, el dinero produce algo, y, con frecuencia, más que todo, capital.

Con la sola palabra *producir*, da ya esta objeción la clave para resolverla. Jamás hemos dicho que el dinero no pueda producir nada. Y ciertamente es mucha verdad que produce mucho más que un capital honesto. Un gran mi-